



PABLO DELASALLE.

Nació en el Hays del Pozo el 2 de junio de 1812; pero su padre, recaudador del distrito, fué á vivir á Louvigné del Desierto, y permaneció allí hasta 1818. La naturaleza salvaje á que debe su nombre este último punto, ejerció sin duda alguna influencia en el carácter de aquel niño. Por eso también vivió en una rústica libertad que recordaba con entusiasmo y conservó siempre por gusto. La entrada de los aliados en Francia proporcionó á Louvigné del Desierto una guarnición, y Pablo eligió un amigo entre los vencedores, cuyo brillante uniforme le encantaba.

Peró este conocimiento duró poco, porque en 1818 pasó su padre á Luzarche y luego á Montargis, donde murió.

Pablo empezó sus estudios en el colegio de Santa Bárbara de Paris, y fué uno de sus mas aventajados alumnos; una lista de los premios que obtuvo, prueba que fué coronado once veces en el colegio y cuatro en exámenes generales.

Delasalle tuvo la suerte de hacerse en el primero tantos amigos como condiscipulos tenia, porque su carácter le ganó siempre las simpatías de cuantos le conocieron. La primera emoción fuerte que experimentó su alma se despertó en él con la metralla de julio. Dominado como todos los jóvenes por el ardiente liberalismo de Manuel, de Foy y de Benjamin Constant, acogió la insurrección con entusiasmo y huyó del colegio para verla mejor, no porque abrigase gran deseo de tomar parte en ella, sino porque, como Vernet, quería subir á los obisques del buque para observar la tempestad: el artista y el curioso llevaban la ventaja al patriota.

Y sin embargo, la revolución debía influir en su vida entera; las proclamas sansimonianas le causaron por lo pronto admiración y al fin abrazó la secta. Sus estudios clásicos tocaban á su término y los acabó bruscamente por entregarse enteramente á las nuevas doctrinas. Entró pues en el Sansimonianismo sin reticencias, pues fué para él la primera inclinación en los sentimientos de solidaridad humana, un campo

abierto á sus instintos simpáticos y un tema para su facilidad empírica, á la cual debió después sus triunfos. No se limitó por lo tanto á la fé personal; adoptó el espíritu de proselitismo, y el discípulo se convirtió en apóstol.

Su primera tentativa de propáganda fué un golpe de audacia. Al paso que los demás predicadores se dirigian á la multitud, se acordó que en otro tiempo habia sido profesor suyo uno de esos hombres raros, cuyo talento es á la vez una espada y una aureola; célebre historiador, filósofo ingenioso, escritor elegante, en una palabra Michelet, el autor del Pueblo. Adquirir este auxiliar era lanzarse á la conquista del velucino de oro. Nuestro Jason no vaciló un momento y escribió al gran historiador, cuando solo tenía diez y nueve años. Michelet combatió las doctrinas sansimonianas de su antiguo discípulo, pero con tanta fuerza, que este empezó á perder poco á poco sus mas queridas ilusiones. La ruina completa de la secta acabó de desatar los lazos de una creencia que ya se resistía, y por último, Pablo Delasalle fué á Caen, donde debía recibirse de abogado. Allí fué donde adquirió mayor número de amigos, pues la juventud normanda le acogió con afectuosa predilección. Muchas reuniones, en las que la cultura del arte se unía á las dulces familiaridades del hogar doméstico, le ofrecieron sus encantos, y los tres años que pasó en dicha ciudad le dejaron recuerdos sumamente deliciosos. En su correspondencia habla siempre con turgor de aquella dichosa etapa de su juventud, y sus manuscritos, notas confusas é inconexas, que cuesta no poco trabajo comprender, están llenos de memorias relativas á la época citada. Entre ellas hay una colección de canciones inspiradas por sus intimidades é impresiones, y cada una de ellas se refiere á una circunstancia de aquellos dias placenteros.

Pablo Delasalle padecía la misma enfermedad que él critica en otros; á saber, la melancolía; pero ocultaba su interior tristeza bajo una máscara que ya era en él habitual. Si daba alguna vez rienda suelta á sus sentimientos, era desde lejos en cartas, porque el papel no le ni-

«Echa. Los siguientes fragmentos de una carta dirigida á M. Augusto La Flograis, explicarán mejor que nuestras palabras la situación de aquel espíritu fastidioso y reservado.

«Gren, 1834.

«Me habéis escrito vuestra llegada á Cherburgo; yo también salí de la inopia de una diligencia para abrir vuestra carta. Ayer pasó el día en Buzey, como quisiera pasarlos todos al presente, esto es, en un bosquecillo lapizado de verde yerba, echado boca abajo para evitar los rayos del sol, y boca arriba por la noche para observar las estrellas. Esta vida de lazaronne, que presenta alguna analogía con las evoluciones de una tortilla en la sartén, es muy dulce y descansada: el mejor modo de satisfacer el domingo es abandonarse á este *far niente*.

«Vi á Rital al día siguiente de nuestra común visita. Entonces me hallaba entusiasmado; pero no tardó en penetrar la duda en mi corazón. Ahora quisiera predicaros, mi querido Augusto, y... supongo que no ignoráis que soy predicador. No sé qué necesidad ha cubierto antes de tiempo de canas mis ideas; el hecho es que menos propenso que vos á paroxismos de tristeza, que se ven como vicinos, conservo una especie de morosidad habitual y rufinera que por fortuna no comovéis. Me siento impotente ante la vida y me resigno sin blasfemias.

«He querido convenceros de que se vive mejor con la cabeza que con el corazón, y he vestido de luto á mi pobre juventud, desviando todas esas horas de amor y de poesía que habrían podido embellecerla: en mí hay siempre una reacción involuntaria y siempre abortan las conspiraciones que fragua contra mí mismo.

«Dejemos que trascorra el tiempo, amigo mío: amemos y adorémos á Dios; consértemos el tesoro de nuestros casachos infantiles, porque recuerdo haber leído que las ilusiones son lo que hay de más positivo en esta vida.»

Pablo Delasalle volvió á Montargis y entró á practicar en casa de un abogado, amigo de su familia, pues al fin, después de ruidos combates entre su conveniencia y sus inclinaciones, se decidió á seguir la carrera del foro. Pero desde el principio conoció su mala dirección. Se inquietó, se entristeció, buscó en vano distracciones en los pastos, en la música, en la literatura amena: siempre hay en torno suyo un vacío imposible de llenar. Coarado de la mayor parte de los directores de los periódicos del Oeste, que solicitaban su colaboración, les dirige artículos, novelas y sonetos, improvisados en sus horas de trabajo. Pero estas composiciones á la ligera ocupan sus horas y no su imaginación. Esta permanece ociosa, y herida en su talento y en su corazón, el poeta manifiesta sus padecimientos en multitud de impresiones delicadas y quejumbrosas. Cuando no está triste se muestra coveco; se alza y cae en una misantropía disimulada por la fuerza de voluntad. Su carácter nunca fué riancho; pero su pasión empezó la naturaleza de su melancolía. No tardó en declararse la tisis, que en pocas semanas hizo azombrosos progresos, y conducido á París, á fin de que le asistiese su amigo el doctor Boule, Pablo Delasalle, lejos de encontrar alivio, murió en Antibes pronunciando el nombre de su esposa, que se separó de él un instante.

DE LA EDUCACION.

—ARTÍCULO II.

Hijos míos, venid vosotros mismos á explicarme el efecto que produce en vuestra alma el cuadro múltiple de vuestra educación. Contadme los tormentos que pasa vuestra inteligencia para daros razón de las cosas de que os hablan vuestros libros. Pintadme los colores que toman en vuestra imaginación todos esos misterios de la vida, cuyo velo levanta una mano impudente ante vuestros infantiles y candorosos ojos. Manifestadme cómo surcan en vuestro tierno oído las relaciones de las guerras sangrientas y de las grandes catástrofes con que os entretienen vuestros maestros; qué idea os formáis de la geografía, vosotros que no tenéis la idea del tiempo ni la noción del espacio; qué pensáis de la historia, movida por todos esos impulsos que no habéis sentidos aun en vuestro corazón; qué os dice la moral severa, cuando no conocéis todavía el valor del sacrificio; qué idea os formáis de Dios y de sus atributos por las definiciones de vuestras escuelas, cuyos términos os son completamente incomprendibles; cómo se os presentan los preceptos de la gramática y de la ideología, cuando aun vuestra inteligencia anda torpe en formar las ideas más simples de las cosas, hejo al mismo estímulo de la necesidad; contadme vosotros todo esto, que vuestros sufrimientos excitaría vuestra tierna fantasía y hallaréis expresivos colores con que pintar el cuadro de vuestras desgracias! Con dolor os contemplo, en esos primeros años de vuestra vida, en que todo os embarga y en que una mariposa que vuela hasta

os distrae horas enteras vuestra atención; con dolor os contemplo metidos entre el fúrrago inmenso de vuestros libros, dictados todos ellos por hombres que reniegan de la ciencia que os comunican, de la fe que os influyen y del entusiasmo que os tratan de inspirar. Muertos están sus palabras, y con ellas quieren distraer vuestra fantasía de los mil cuadros vivos y animados que por do quiera ofrece la naturaleza, y que os enseñan más en un momento, que en años enteros vuestros pedagogos. Vosotros rechazáis la enseñanza y os resistís á la aplicación; mas como el herrero en el yunque, ellos dan uno y cien golpes sobre vuestra inteligencia, hasta vencer sus resistencias y triunfar de lo que constituye vuestra riqueza, el vigor de vuestra edad y el gálibo y desembarazado andar de vuestro pensamiento. Vosotros os resistís sin tregua y no os vencen las mas de las veces que han creído dominar vuestra rebeldía y avasallar vuestro razon. Os creen sabios cuando han logrado haceros repetir de memoria páginas enteras de vuestros libros, y cuando han llenado de palabras vuestra inteligencia. ¡Insensatos, que no conocen que á puño inspiraros las ideas ajenas, ni agan el mantenido de las propias, y que creyendo levantar y despertar vuestra inteligencia, no hacen mas que vestir los arcos de la esclavitud! ¡Os dan una razón y un argumento hecho para cada problema que tenéis que resolver, y cuando creen haber dado la ciencia, no hacen mas que crear la rufina!

En nuestro primer artículo hablamos de las dos cualidades morales preponderantes en los niños: la imaginación y el sentimiento; é las cuales en nuestro juicio debe dirigirse la educación para sacar todo el partido posible de la inteligencia infantil. Dijimos además que estas dos cualidades están en ellos exageradas, y que son como las únicas lumbreras interiores de la infancia. Examinemos ahora si la educación ha estudiado como nosotros las condiciones internas del niño, y qué partido ha sacado de ellas para formular sus programas. Desgraciadamente vemos, como ya hemos repetido, que la educación no tiende mas que á anoparar en el niño esas dos brillantes cualidades, para levantar sobre ellas otras que no cuadran con su edad, y que por lo tanto crecen en su inteligencia como plantas exóticas y su vigor en locura.

En primer lugar, la educación se hace en las escuelas, ó lo que es lo mismo, entre cuatro paredes tristes y solamente adornadas con los largos cartones en que se ven los signos mudos de la sabiduría. Nada hay en ese recinto que espere el ánimo ni lo estimule. La voz severa del maestro no se oprime mas que para expresar el rigor y la cólera, por aquellos todavía blandidos preceptos de la antigua práctica escolar. El mas severo matón y la mas pasiva quietud, son las prescripciones necesarias de toda enseñanza. En tal disposición, la caña del maestro se encarga de ser la vara mágica de Aarón, que haga brotar de la cabeza de los niños las aguas misteriosas de la sabiduría. Llega el momento de la lección, y como máquina y por tiempos se levanta el niño á recitar sus versos ó su prosa, su griego ó su latin, en ese tono frío y descolorido que revela su ignorancia de lo que dice. El maestro rechaza los errores del muchacho con una voz mas enfática; pero igualmente monótona y fría, y maestro y discípulo creen haber concluido su tarea con haber hecho sonar algunas palabras más dentro de una cabeza vacía de ideas.

Bien ven mis lectores por el cuadro breve, pero exacto, que acabo de bosquejar de las prácticas escolares, que no son estas á propósito para estimular las dos condiciones supremas del alma del niño, de que antes hablamos, sino que muy al contrario, como de propósito parecen hechas para aniquilladas. Pasemos ahora á examinar la clase de estudios de que se compone la que llamamos primera educación. Todos ellos versan sobre asuntos que no pueden interesar ni afectar al niño: los unos por lo árido de la materia, los otros por lo incomprendible. Ó bien son máximas severas y preceptos descarnados, ó pinturas de pasiones y vicios que desconoce. Así qué todo pasa por encima de la imaginación infantil sin dejar sobre ella la menor huella. La elocuencia del tribuno, la magnificencia del edil y la pompa del César, son para él términos y cosas incomprendibles. ¿Sabe acaso él de qué sirve la dominación ni las satisfacciones que proporciona? ¿Conoce el valor de lo que posee, y la falta, para ser algo en el mundo, del oro, el prestigio ó la posición? ¿Qué le significa Catón muriendo por la patria, Sócrates por la virtud, Marco Antonio por el amor?

La patria la virtud! el amor! La patria para él es toda la tierra. Allí donde hay un pájaro que canta, una fuente que corre ó un árbol que da sombra, allí va él con sus alegrías y sus juegos, y en todas partes goza su alma. El techo de sus mayores no le significa nada, porque el deseo de perpetuar su nombre es todavía una cosa incomprendible para él. ¿Acaso piensa nunca en la muerte? ¿Lo pasó jamás por la idea que ha de llegar un tiempo en que deje el cielo que le sonrie y el sol que ilumina sus ojos? ¿Pues cómo queréis que comprenda el valor de lo que queda sobre lo que pasa, de lo que se perpetúa sobre lo que se olvida, de la inmortalidad sobre la muerte? La virtud! ¿Qué es la virtud para aquel que no ha tenido pasiones que vencer ni deseos que sofrenar? ¿Qué es la virtud para el que viene al mundo

creyendo en el amor de cuantos le rodean, y confiando en los buenos de pronto le acarician? ¿Qué es la virtud para el que no conoce la influencia de las pasiones ni el aguijón y los estímulos del vicio? El amor! ¿Acaso el puro afecto que embarga su alma tiene algo que se parezca á las tempestades del amor? Esa ola limpia y serena que fecunda su corazón, que corre siempre igual y que pasa entre flores como las fuentes de los prados, ¿se puede comparar nunca con el torrente desbordado del amor, que invade todos nuestros sentidos y potencias, y nos arrastra como despoñados á un abismo de gozes infinitos ó de penas infernales? El rayo casto y puro que ilumina el corazón del niño con resplandores puros y suaves como las lintas de la aurora, ¿tiene algo que ver con ese incendio de las almas que es nuestro infierno ó nuestra gloria, nuestra vida ó nuestra desesperación? ¿Befos inocentes y alegres sonrisas de la infancia, abrazos tiernos y suspiros que salen de pechos blancos como el armiño, y que brillan con el doble brillo de la hermosura y de la inocencia, no os comparéis nunca con los abrazos lubricos y los besos encandidos de la Venus, y con esas agitaciones desgarradoras de unas entrañas que devora el amor de Fedra ó los celos de Herminia!

Si pues tales pasiones y virtudes les son desconocidas, ¿á qué hablar á los niños de la moral y de la historia, á qué presentarles severas lecciones y heroicas ejemplos? Todas esas cosas no son más que otros tantos espectros que pasan por su imaginación para asustarla y emborronarla. ¡Campanadas de la muerte que suenan en medio de un festín, y cantos de aves agrestes que brotan de entre la enramada!

Si de la moral y la historia pasamos ahora á los estudios que se refieren al conocimiento de las cosas materiales, ¿qué no diremos de la aridez y monotonía que presentan, y de la inutilidad de su prematura enseñanza? ¿Qué es la geografía sin la historia? ¿Qué frutos no son las soledades del mundo si no resuenan en ellas los pácos del hombre? ¿Qué significan esos reinos y ciudades? ¿A qué se reúnen y á qué se separan? ¿Por qué unas tierras están desiertas y otras horniguean de hombres? ¿Qué ruinas son esas en que tejeis vuestro pie infantil? Caloradas sobre la superficie de la tierra, teniendo á vuestro alrededor figuras inmensas é inmensos desiertos, ¿qué idea os formaría de toda esa creación, sino encontráis en medio de ella al hombre que la admira y la emprende, puesto en lo más alto de la cadena de los seres, como para reflejar en su alma el sentimiento de todas las admiraciones y la idea de todas las grandezas? Si no comprendéis al hombre, comprended al menos la vida en los demás seres animados. Cuando en medio del desierto os creáis rodeados de una naturaleza muerta, cuando no haya nada en vuestro redor que os anime la vida, desfilad los enigmas de la gran ley del amor universal, y contemplad á la palma solitaria que dobla su caña y se inclina del lado de su compañera, que á través de los desiertos y á largas distancias se dirige á su vez para enviarle su aliento secundando que llevan las abrasadas auras del desierto. Pero ignorando la vida de los animales y la de las plantas, no sabiendo á la vez las transformaciones del globo y las leyes que las producen, ¿de qué os serviría saber repetir cien nombres de ciudades y otros tantos de rios y montañas, todo ello en confusiones y sin los lixos del tiempo?

Si pasamos ahora de la geografía á la gramática, ó lo que es lo mismo al arte que enseña la expresión mas adecuada y propia de la idea, dadas las condiciones y estructura de una lengua, ¿qué fruto esperaríamos de esa enseñanza, tratándose de niños que no han entrado todavía ni una sola vez dentro de su inteligencia para interrogar á su razón y sorprender las leyes de sus manifestaciones? Cuando vosotros enseñáis á los niños al azar y en confusión las palabras y el mejor modo de coordinarlas para que formen una oración, ¿ereis que interesáis su inteligencia y que hacéis otra cosa que archivar en su mente unos cuantos nombres mas de cosas que no comprenden? Y esta ignorancia es su salvación. Vosotros, ¡oh pedagogos imprudentes! tenéis en vuestras manos el noble de la inteligencia y su pauta y regla, y jugáis con ella como con una cosa trivial y de puro pasatiempo. Manejáis la gramática como una enseñanza sencilla y sin trascendencia, sin ver que en ella, bien entendida y practicada, está contenido el modo y forma de todos los pensamientos. ¿Qué sería si los niños tomasen vuestras lecciones? Encerrarían su inteligencia en el círculo de hierro de vuestras reglas, y cuando quisieran andar con el paso libre de un pensamiento vigoroso, tropezarían en vuestras prescripciones y se estrolearían en vuestros preceptos. Con la forma obligarían al pensamiento, con la expresión gramatical ligarían invenciblemente la idea. Creerían no haber hecho nada, y habrían atado de pies y manos la inteligencia infantil. Mejor es que no os comprendan y que no reciban mas instrucción que la rutina que exigís para salir con lucimiento de vuestros exámenes, palenques que abris á vuestra vanidad y en donde se refleja y reproduce vuestra sabiduría en las mil inteligencias que habéis formado y que como Dios habéis suado de la nada!

Lo que decimos de la gramática del propio idioma, lo decimos de las

lenguas extranjeras, de que se aprenden los sonidos y que no son mas que objeto de la memoria.

¿Qué nos hablar del punto culminante y supremo de la educación humana; la religión. Ya Rousseau dijo, que era una profanación hablar de Dios á los niños. Nosotros no creemos tal cosa, pero si sentimos que lo que ha de ser siempre y en todas partes objeto de culto, se haga en las escuelas objeto de rutina y letra de lucimiento para la vanidad. ¿Qué modo de ocuparse de Dios ni de sus obras es ese que comunmente vemos en las escuelas, donde se pasa al catecismo desde el estudio de los autores profanos, sin que haya la mas pequeña señal exterior que indique al niño que entra en el sagrado terreno de la religión?

El nombre de Dios no debe sonar en los oidos de los niños mas que rodeado de admiración y respeto. Cuando recordamos los tiempos en que al hablar de los reyes de la tierra no se pronunciaba su nombre sin descubrirse la cabeza, como en señal de que se doblaba ante los respetos debidos á su grandeza y excelencia. Y esa muestra exterior de respeto que aconsejaba en lo antiguo el servilismo, ¿no puede, no debe nacer ahora espontáneamente del alto sentimiento de veneración y respeto que se debe al nombre de Dios? Masivas rutinas, decidme qué educación religiosa es la que infundís á los niños cuando ven estos que, mientras á cada paso saludáis con rostro afable y dobláis graciosamente vuestra cabeza ante el mas pequeño signo exterior de fuerza ó de poder, recibís con frialdad y con indiferencia en vuestra escuela y en medio de esos queridos niños que crean su familia predilecta, al Cristo glorioso que viene á traer con su palabra el pasto saludable del espíritu, y á enseñaros á merecer la felicidad en la tierra, por medio del amor del prójimo, y la gloria en el cielo, por medio del amor de Dios? ¿Cómo hablará de la figura que domina la historia, de ese hombre Dios, santo en su origen y en sus obras y palabras, con esa frialdad con que pudierais ocuparos en las cosas mas livianas y triviales de la vida? Arrodillaos delante del altar de Dios y haced las altas hódoras de nuestros templos, ó bien salid en medio de los campos y á la vista de las maravillas de la creación, y allí subid al trípode de las inspiraciones religiosas, pedid á los profetas y á los santos su lengua de fuego y su espíritu de amor y santidad, y así dispuestos para la grande enseñanza, hablad de Dios y comunicad á los niños, sino una idea exista de su grandeza y de su poder, al menos la medida del sentimiento de admiración que os inspiran sus bondades! No dá grima ver el carbon de lasias desplegado los torpes labios de nuestros pedagogos. ¡Oh religión! ¡Oh campo abierto á la imaginación y al sentimiento del niño! ¡Oh tierra florida con las innumeras flores del cielo, y donde los niños se embriagan en los perfumes que se exhala de todo aquello por donde ha pasado el aliento de Dios! No irán los pies de los niños á tu sagrado recinto conducidos por los pies de los pedagogos. Otra planta mas ligera y graciosa que la suya será la que los lleve á gozar de tus delicias y de tus placeres. Quédese el nuestro para la ruina, que yo buscaré otras fuentes á la inspiración.

Hechos visto pues que la educación de los niños se compone de estudios que no comprenden ó de otros áridos de fayo y que rehúsan su genio infantil. Lo que no se pide en ella á la reflexión y al juicio, se pide á la memoria. Todo ello forma un compuesto incongruente de costosa explotación y sin lógica, y que se revuelven en la cabeza del niño para atontarlo ó para enloquecerlo. Esto indica que la educación toda entera, en los primeros años de la vida, se funda solamente en la memoria. Cultivar esto, me dirán los parciales del actual sistema, ya es algo, aun dado esto que cuanto se enseñe no fecunde de otro modo la inteligencia del niño. Nosotros vamos á hacer ver que vale mas ignorarlo todo que dárlo á la retención y á lo que se llama memoria. Vosotros creis que la memoria es un pozo sin fondo donde caen los conocimientos adquiridos y las nociones de las cosas sin ocupar lugar y sin que digan jamás á la inteligencia, á menos que ella los llame: aquí estamos y por esto venimos. Este error se funde en el de creer que la memoria, ya que no puede ser provechosa, no puede llegar tampoco á ser nociva. Pero, ¿y si sucediese lo contrario? ¿Y si lo que se aprende estorbaba á lo que se discurría, y lo que la memoria conserva ó lo que la inteligencia produce? ¿Y si dada la razón del hombre á vestirse con ropas prestadas y á recurrir á los demás para resolver todas sus cuestiones, llegase á embotarse de tal modo el juego de sus resortes que fuese su inteligencia una máquina inútil y su labio profético anunciador tan solo de cosas que ya han aparecido cien veces sobre la tierra? Pues esto cabalmente sucede cuando se desarrolla la memoria sin desarrollarse á la vez la inteligencia y la razón; cuando á la vez que adquiere las nociones de las cosas, la inteligencia no trabaja sobre ellas para sintetizarlas y para quitarles su carácter objetivo y formar con lo que ellas dejan lo que llamamos la conciencia. La memoria no debe ser el plante de nuestros ideas, sino el álamo de ellas y como la tierra donde se levanta lo que las dá el aire de la historia, y á que las daña el raudal abundante de la ciencia de todos los tiempos; y de la sabiduría de todas las edades. Pero al montar conocimientos y dejarlos allí podrirse en el olvido, ó bien, dada la inteligencia á encontrarse hecho en

Atrevido, recurrir á la memoria como á la que ha de resolver todas nuestras dificultades, es corromper nuestra inteligencia, debilitar sus fuerzas, entumecer sus miembros, é imposibilitarla de romper en la vida las cadenas.

—Hémos aquí pues llegados al único resultado de la educación actual, reunir conocimientos y adquirir ideas sin saber ni dónde ponerlos ni qué uso darles, y hémos aquí á la vez probando que este resultado que se busca, atontando al niño y destruyendo su naturaleza, viene á ser sólo é altamente pernicioso, y no hace más que atontarlo, ó darle una educación pedantesca y rutinaria.

Pero aun nos queda que examinar un punto, y será el último de este artículo: ¿Amo yo esta vez lo que sucedería si por un fenómeno, como algunas veces se ve, la inteligencia del niño fuese de una precocidad prodigiosa y estuviese en disposición de comprender lo que se le enseña, y de adivinar el porqué y la razón de lo que aprende. Examinando este punto, dejaremos para nuestro artículo inmediato indicar la enmienda á tantos errores.

—Imaginad ahora el tormento de un niño colocado en la situación del hombre que conoce y sabe, traspasando á cada paso con su impotencia de obrar, y envuelto en una sociedad que no va en él más que sus apariencias, y que no quiere creer en su juicio porque no tiene los cañones caídos, y el andar vacilante del hombre á quien han abrumado el tiempo con su peso y el mundo con sus desengaños? ¿De qué le sirve subir en idea á las altas cuspides de la gloria, si su pie infantil no puede guiarle por ellas sin tropezar á cada paso con las asperezas del camino, tantas para resistir á mayores esfuerzos? Aun cuando tengamos en su cabeza las combinaciones militares de Aníbal ó de Alejandro, ¿podrá empujar su espada? Aun cuando germínen en su frente las inspiraciones de la oratoria y las ansias una imaginación brillante y un corazón apasionado, ¿podrá tener la palabra fuerte y sonora que domina las asambleas y que se deja oír en medio de las plazas públicas y cae é el clamoreo de un pueblo en tumulto que es preciso dominar? Aun cuando sienta brotar en su inteligencia, como un raudal abundante, las luminosas ideas del escritor, ¿podrá tener el conocimiento del mundo que se necesita para hablar á los demás en su lenguaje, no traspasar los límites del decoro y de la conveniencia, y conocer, sobre todo, las leyes de la perspectiva y los efectos de la palabra escrita sobre el ánimo del lector? Con una cabeza llena de ideas, le faltará la esclumbrera de espesuras, y con un corazón lleno de afectos, se sentirá impotente para comunicarlos á los demás! Encontráis pena y tormento comparable á la situación que creáis á esas criaturas inocentes? Y aun no lo he dicho todo. Enfadadas y anticipadas las edades, no queráis que el niño que habéis convertido en hombre, goce de los placeres de la infancia. Su naturaleza le llamará á ellos, pero su reflexión le alejara de cosas que le hará mirar como pueriles é indignas de su atención.

Colocado entre esas dos fuerzas contrarias, luchará hasta caer en esa melancolía precoz y en ese estado de abatimiento que acompaña á todo esfuerzo inútil y á toda empresa frustrada. ¿Y quien le distraerá y le arrancará de esa melancolía? Las pasiones del mundo no han llamado aun á las puertas de su alma, y aun no le bandan su copa de flores que es preciso apurar, y que se apura con avidez, aun sabiendo que en su fondo aculta el veneno del desengaño. No podrá ir á ahogar sus penas entre los brazos de una mujer amada, ni á sumergirse, para olvidarse de sí mismo, en el caos de las agitaciones políticas, ni en los febriles abismos de su ambición. Los besos de una madre serán losos para sus labios ardientes, y sus caricias sin color. Si llegará á la juventud y entrará en ella. Los placeres que brinda esta, auevos para su naturaleza, no lo serán ya para su razón. Vivirá entre ellos como entre antiguos conocimientos que ya nos han dado muchos enojos, y á quienes no podemos amar, acordándonos de las penas que nos han causado. Sus flores serán flores marchitas, y las habrá cogido nuestra

inteligencia mucho antes del momento en que debían ornar nuestros cabellos. En una palabra, ni habremos gozado niños de la infancia, ni jóvenes gozaremos de la juventud. Y cuando llegue la vejez... Pero la vejez, ó lo que es lo mismo, la muerte del hombre á las cosas que le rodean y la indiferencia de ellas, la vejez habrá sido el estado de toda su vida.

—Hé aquí el panorama riante que ofrecéis á los niños con vuestra educación. O malis anticipadamente su inteligencia bajo el peso de lecciones que no comprende, y de pláticas que no tienen para él ninguna perspectiva, y que en vano mira y vuelve á mirar para comprenderlas, ó dado el caso de que traspase con uno de esos genios privilegiados que Dios toca con su mano para comunicarnos esa chispa ó rayo supremo que llamamos genio, trastornáis las leyes de su razón y destruis su vida, haciéndole sufrir violentas transformaciones, y queriendo servirle de esa misma emanación divina para destruir la obra de Dios.

RAMON DE SATORRES.

BODIN.

Habia al principio de este siglo, en la segunda ciudad del departamento de Angers, tres jóvenes unidos por una amistad estrecha, por un mismo culto á las tradiciones, por un mismo amor á la ciencia, y por una misma curiosidad hacia los monumentos de su escuela natal. Trepando á veces por la imponente montaña de Bagnoy y midiendo con sus pasos las enormes piedras, que parecen amontonadas allí por algún gigante, pedían sus secretos á todos aquellos edificios de la edad de los galos, y que se encuentran profusamente distribuidos en el territorio de Anjou, como el Peulvan solitario, el misterioso Cromlech, el Rouler fatídico y el vengador Galgal, cuyo nombre suena como el eco de los sepulcros. Otras veces invocaban desde las alturas de Chenoué los recuerdos de Roma, de la Roma de César y de Junio Bruto, que dejaron en la Galia huellas profundas de sus vencedores pasos.

El hombre escribe la historia de su existencia con los monumentos que lega á la posteridad. Cada siglo añade á esta historia su edificio, cada año su piedra, y cada día su grano de arena. Estos recuerdos indelebles son como las columnas miliares, que tienen escritas sus distancias de la capital: se pierden entre las épocas del mundo; el mano del tiempo las destruye, y entonces es cuando se resienten de la influencia de la humanidad.

Los tres amigos imaginaron un día traducir al alcance de todas la historia arquitectónica de Anjou. Compararon sus respectivas notas y decidieron emprender su difícil tarea. La casualidad ó la suerte lo impidió, pues uno de ellos fué llamado al tribunal de Angers, otro se dedicó enteramente á sus estudios médicos, contentándose con enviar notas muy útiles, y todo el trabajo de la redacción descansó en el mayor de los tres, mayor en edad y en talento, y cuyo nombre era Juan Francisco Bodin.

Como todos los hombres que valen, Bodin se vió rodeado de nobles y generosas simpatías, y perseguido de vivas é implacables enemistades. Pero lo que debe admirar más, es la indiferencia de su ciudad natal, que al paso que todas las biografías le dan á Angers por su patria, veclaba en contacto entre el número de sus hijos, y dejando á Saumur, su pueblo adoptivo, el cuidado de atraérsele por el íazo de la dignificación, transmitía á Beaupreau el honor de haberlo dado á luz.

Preciso es decir que toda la vida de Bodin está en sus libros: fuera de ellos aparece pálido, descolorido, sin perspectivas ni sucesos que llamen la atención. Sabio modesto, escritor concienzudo, elegante y prudente, filósofo moderado, ingenioso mas bien que profundo, nada ofreció su carácter de esos rarezas tan comunes en los grandes hombres. Corazón noble y generoso cuando se trataba de un sacrificio, elvidaba el peligro y la prudencia por servir á sus semejantes.

Nació en Angers el 26 de setiembre de 1768. Su padre trabajaba en Beaupreau y era artesano. Después de haber concluido sus estudios, le pareció que debía seguir el oficio de su padre, el de albañil; pero este oficio paternal tomó en sus manos las proporciones de arte, y el albañil se convirtió en arquitecto. Así vemos en 1780 al futuro historiador de Anjou, con la pala y el cincel en la mano, restaurar los frescos de la capilla del colegio de Beaupreau.

Estalló la revolución: Bodin abrazó con calor la causa popular, y en 1792 fué nombrado administrador del distrito de San Florencio; no tardó en ser pagador del ejército del Oeste, y en los reveses que sufrieron las tropas republicanas estuvo espuesto muchas veces á perder la caja, que se salvó por su actividad y perseverancia. En recompensa quiso nombrarle el gobierno pagador general del departamento de la Vendée, pero se negó á admitir un empleo que obtenia un respetable padre de familia, á quien se trataba de destituir.

Bodin no habia renunciado á sus trabajos, y habiendo abierto el Instituto en 1796 un concurso para elevar un monumento á los ejércitos franceses, envió su proyecto de arco de triunfo para colocarlo en el mismo sitio que hoy ocupa el arco de la Estrella. Aunque acogido favorablemente, pareció después muy costoso dicho proyecto, y no fué aceptado.

Nombrado recaudador particular en Saumur, cuando ya decia el papel moneda, Bodin vivió modestamente y aun con algunos apuros. En dicha ciudad conoció á la señorita Lenoir de la Motte, jóven de raro talento: era de Beauge, y en 1794 pasó á este punto Bodin, y unió su suerte á la de la mujer á quien amó con delirio, y cuyo recuerdo nunca pudo olvidar.

A fines de 1795 fué padre. Cierta día que su esposa daba de mamar al niño, este dió á la madre una cabezada en el pecho, y la ocasionó un tumor. Creyeron que la continuación de la lactancia destruiria el mal, remedando de esta modo el niño el mal que habia causado. ¡Vana esperanza! Se declaró un cáncer en el pecho, y la madre sucumbió después de largos padecimientos. El niño habia mamado ya una leche envenenada, y llevaba el germen de un mal que debía arriba-

carlos en flor. Llamábase Félix, único vástago de esta familia, y fué la delicia y el tormento de su padre.

Todavía recuerdan en Saumur el dolor de este, después de la muerte de su esposa, á la que erigió un sepulcro en las alturas de Bournan. Penas y placeres; hé aquí la vida. Si Bodin era estremado en su aflicción, su corazón guardaba tesoros de lágrimas para sus tormentos; su imaginación era fértil en creaciones ingeniosas, cuando se trataba de organizar fiestas. Sus contemporáneos no han olvidado aun la célebre mascarada conocida con el nombre de Apoteosis de San Lambert, durante la cuaresma de 1805. Mas tarde, cuando en 1808 pasó el ejército grande á España, dispuso también los grandes obsequios que se tributaron en Saumur á las tropas que lo guardecieron por espacio de un mes.

En 1813 cooperó activamente al licenciamiento del ejército del Loira. La caja del recaudador general del departamento y la del pagador se hallaban en poder de la coalición de las potencias extranjeras,



(Bodin)

que habian invadido la Francia. No pudiendo percibir las contribuciones y entregado á sus propios recursos, no temió comprometer su fortuna para asegurar la tranquilidad de su país, y no solo pagó á la division levantada, sino que obtuvo, por su crédito personal, una suma considerable que envió al tesoro. Fué pagado con ingratitude.

Sus relaciones anteriores y la publicacion de sus *Investigaciones históricas sobre Saumur y el Alto Anjou* (1812—1813) le habian alejado las simpatías del partido ultra-católico. Conociendo lo que debía esperar de la Restauracion, dimitió su empleo.

Era perseguido, pero su patria adoptiva le vengó nombrándole diputado en 1820: por su parte publicó Bodin las *Cartas á mis conuectos* sobre los trabajos legislativos en que tomó parte. Entónces tambien (1821, 1822) dió á luz la *Continuacion de los monumentos célticos del Alto Anjou*. Si añadimos á esta reseña una *Carta á M. Johanneau*, tendremos apuntadas todas las obras de Bodin.

Pero fué tan grande su éxito, que el instituto de Francia nombró á Bodin socio correspondiente.

Debemos recordar ahora las luchas deplorables de 1825 y 1824? Bodin renunció á la vida política y se retiró á su soledad de Launay. Añadamos sin embargo que debió á una larga enfermedad el no verse comprometido en la conspiracion del general Berton. De sus resultados se le hizo una visita domiciliaria, y aunque pudo protestar en la cámara, no lo hizo.

Bodin no encontró la felicidad en la vida privada: la enfermedad interior de su hijo acababa sus dias. El carácter de Félix era opuesto al de su padre; en este predominaba el corazón; en aquel la cabeza. La muerte sorprendió al padre en medio de sus trabajos el dia 5 de febrero de 1829.

Arquitecto, administrador, historiador, Bodin no se desmintió nunca. Era de elevada estatura y enjuto. El cíncel poético de

David nos ha dejado la expresion melancólica de su noble fisonomía. Nunca jugaba, evitaba las discusiones, y huía de las reuniones de etiqueta. Artista entusiasta, generoso y crédulo, solo aceptaba la conversacion de las personas á quienes conocia á fondo. Con las damas era expansivo, y solia decir que *el talento francés estaba en la ruca*.



(Nuestra Señora de la Concepcion.)

DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA PLAZA.

Eran las cinco de la tarde del 24 de febrero de 1592, y oscurecia con mas rapidez que otros dias, porque densas nubes se levantaban en los apartados horizontes, y vivos relámpagos, á los cuales seguian roncós y prolongados truenos, anunciaban una próxima tempestad. En tarde tan triste y sombría es preciso que nos traslademos al sitio en que empiezan á tener lugar los sucesos de la interesante y peregrina historia que nos proponemos referir.

Casi todos los españoles y muchísimos extranjeros tienen noticia de una torre, cuyo nombre vuela de boca en boca casi como el de una maravilla, obra preciosa de los árabes andaluces. Los naturales y extranjeros algo versados en historia, saben tambien que los moros de Sevilla se empeñaron en destruirla hasta los cimientos, cuando el santo rey Fernando III tenia sitiada la ciudad, sin que quedara á sus moradores ni la mas remota esperanza de resistir tan largo asedio, y que se conserva porque el heredero en aquel tiempo de los dos muy poderosos reinos de Leon y Castilla, conocido y admirado despues como monarca de una singular instruccion, con el honorífico renombre de D. Alonso el Sabio, impuso como primera condicion de la capitulacion, solicitada por los sectarios de el Coran, que no habian de tocar siquiera, ni á un solo ladrillo, de la torre. El temor de ser degollados retrajo á los árabes de su intento; y gracias al entusiasmo

artífice del sucesor de Fernando el Santo, podemos admirar aun la celebrísima Giralda, honor de la arquitectura y honor también de Sevilla la encantadora.

Saben todos nuestros lectores que vuelta á la rebelde Giralda está la santa catedral, y que como es ley y razón, ante la santa catedral se estienda una plaza: á esta plaza es preciso que nos traslademos en la tarde del 25 de febrero de 1502.

Esan pues las cinco de la tarde y un gran número de cristianos, con alguna mezcla de moros, poblaba la plaza contigua á la célebre catedral. Este gran número de hombres formaba diferentes grupos: compuestos los unos de hidalgos que dejaban ver bajo sus capas las espaldas de sus lianas, los otros de simples pecheros, la mayor parte de ellos sin capa; pero armados con sendas dagas ó puñales. En los grupos se disputaba con perseverancia y calor, y por una rara coincidencia giraban sobre un mismo tema las diferentes discusiones.

—Dejémoslos de tonterías, decía un hidalgo cajijunto apoyando la mano izquierda en la empuadura de su espada; los negocios no van tan bien como el señor alcaide cuenta, y ¡voto al diablo! que el tutor ha de hacer con vuestras cabezas una torre mucho mas alta que la Giralda de Sevilla.

—No creyera, reposo otro hidalgo mas mozo, y que al parecer dis-

putaba mayor crédito y autoridad, que un veterano como vos, señor Alfonso de Peralta, discutieren en forma capaz de amedrentar á los prudentes.

—Ella es, señor de Colmenares, repuso Peralta tocándose modestamente la pubeza, que D. Juan Alonso de Guzman, conde de Niebla, está en la corte del señor rey D. Enrique III, como uno de los tutores del monarca.

—Y no es menos cierto, replicó á su vez Colmenares, que mientras D. Juan está en la corte, manda en Sevilla D. Pedro Ponce de Leon.

—No negaré que manda esta noche, ¿pero mandará también mañana?

—¿Quién lo duda?

—Yo.

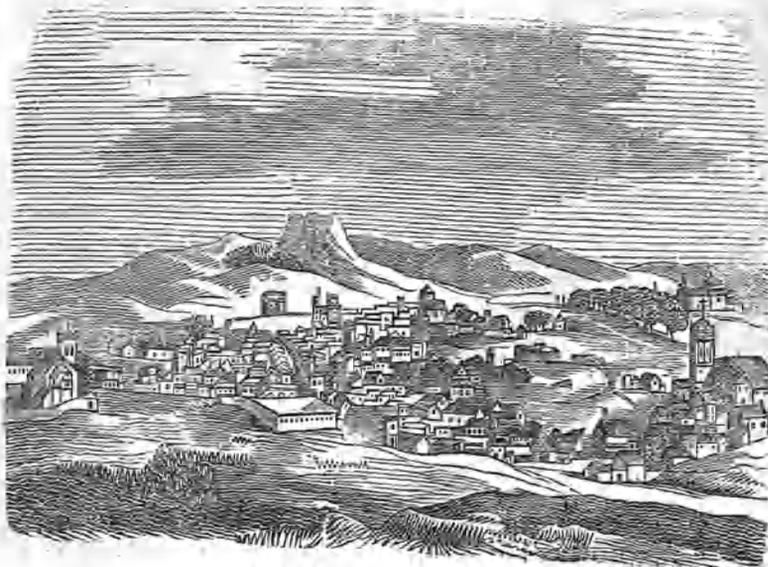
—¿Queréis darme algunas razones?

—Con mucho placer, pero antes me responderéis á una pregunta. ¿Ejercen las tutores del rey la misma autoridad que el monarca?

—La misma.

—Pues en uso de esa autoridad, ¿no será fácil que D. Juan Alonso de Guzman quite á D. Pedro Ponce de Leon el mando que ejerce en Sevilla?

—Estáis ingenuo; pero en vez de haceros una larga réplica, re-



(Vista de Soria desde el castillo.)

contaré con dirigiros otra pregunta. ¿Se obedece siempre en Castilla lo que el rey manda?

—No.

—Pues ahí tenéis, señor Peralta, mi respuesta.

Se alzó del corvo Colmenares, y Peralta dejó á los hidalgos, ya que no podía responder á quien se marchaba triunfante.

—Si el conde de Niebla nombrara alcaide á El Caballero, veríamos á ver si Colmenares no obedecía su autoridad.

Poco distantes de Peralta conversaban otros hidalgos con no menos animación y con las mismas esperanzas.

—Nada tenemos que temer, decía uno de ellos, cuyos años á veintinueve no llegaban; D. Juan Alonso de Guzman acaba de ser reconocido tutor del niño rey, y Ponce de Leon no conservará mucho tiempo la autoridad entre sus inunos.

—Os las prometéis muy felices, le respondió un respetable anciano con perfecta tranquilidad y atariciándose la barba.

—¿Por qué me contestáis así? preguntó el joven sorprendido.

—Vais á saberlo sin tardanza. En primer lugar, los demás tutores del rey no permitirán al conde de Niebla que destruya á su irreconciliable enemigo; porque mientras tenga ocupadas sus fuerzas en batallar con las de Ponce de Leon, no será influyente en la corte; y en segundo, mientras el conde logra á no poner algun freno al alcaide, podrá este mandar á su antojo, y no estará demás que rogéis á Dios porque no entre en ganas de hacer que os corten la cabeza.

El joven quería replicar, pero la autoridad del anciano había subyugado á los oyentes, y él mismo sentía algun asomo de inquietud; resultando que una misma nueva tenía con xozobra á los dos bandos, que se disputaban sin tregua el imperio de la ciudad.

Si la discusión empeñada en los diferentes corrillos no hubiera tenido en suspenso los ánimos de los curiosos, algunos hubieran notado que Colmenares se encaminó pausadamente hacia la Giralda, llegó á su

pie, empujó una puerta excusada, y penetró, no sin haber estado un tomo una mirada de curiosidad ó sospecha, en el interior de la torre. También hubieran observado, que pocos minutos después se acercó á la torre un hombre del pueblo, llegó á la puerta por donde había entrado Colmenares, la empujó como el caballero, y desapareció á su vez. Y si hubieran continuado mirando, hubieran visto diez minutos después de la entrada del hombre del pueblo salir á Colmenares, en cuyo rostro se leía una mezcla bastante extraña de satisfacción y disgusto.

Pero dejando á Colmenares que abandonase con paso rápido la plaza de la Catedral, justo será ver de que manera se hablaba en los varios grupos de plebeyos, ya que nos hemos deleitado con las juiciosas observaciones de los mas discretos hidalgos.

—No le des vueltas, Martin Sanchez, decía un honrado carnicero á un zapatero, su vecino, y á un tabernero, que segun la pública voz, habia bautizado mas moros que mató el valeroso Cid. No le des vueltas, Martin Sanchez; el conde de Niebla es medio rey, y si el diablo no lo remedia, ha de mandar que con tu piel le baga zapatos algun remendon, tu enemigo; y que el carnicero de los portales me desuelte, como yo desuello á las terneras.

—Poco á poco, señor compádro, dijo el zapatero empuñándose, que no se desuelan á dos hombres como si fueran dos buceros.

—Pero es el caso, Martin Sanchez, observó el tabernero terciando en la disputa comenzada, que D. Juan Alonso de Guzman sabe muy bien que la cuchilla de Nuño Perez no ha servido siempre para desollar novillos, ni la luya para recortar los zapatos.

—¿Y porque un cristiano, repuso Sanchez, usa la herramienta de su oficio para perseguir á un amigo, merece perder el pellejo?

—No estimarás el tuyo en mas que yo el mio, observó el carnicero, y sin embargo, te aseguro que no doy por él una blanca.

—¿De qué se trata? preguntó un hombre de mediana estatura, tostado rostro y recios miembros, que acababa de presentarse.

—De una tróieira, respondió con fuerza voz el tabernero.

—¿Pues qué has?

—Han hecho medio rey al conde de Niebla.

—Va lo es.

—¿Y no te da cuidado?

—No. Siempre hemos de tener un rey que nos ahorque y un papa que nos escamague: lo mismo me da uno que otro.

—Tienes razón, amigo Fortun: dijo un quinto dando una palmada al preopinante; y como las conversaciones se diferenciaban muy poco, dejando las particulares, formaremos un breve resumen de la general, contentándonos por ahora con haber hecho relación con el carnicero y sus amigos.

La conversación general versaba, como ya hemos visto, sobre la elevación del conde de Niebla al cargo de tutor del rey; y los amigos y parciales de D. Pedro Ponce de León tenían que este perdiera su autoridad de alguacil mayor de Sevilla y la alcaldía de los dos alcázares. Por el contrario, los enemigos del noble señor de Marchena se daban mutuos parabienes, descubriendo una ocasión propicia de vengar pasados agravios, comatiendo los desafueros que en su enemigo condenaban.

Entre los respetables nombres de D. Pedro Ponce de León y Don Juan Alonso de Guzmán sonaba un tercero, pronunciado con admiración ó temor: este nombre era D. Ramiro, á quien llamaban alguna vez sencillamente EL CABALLERO. Los que pronunciaban este nombre solían añadirle comentarios, y de todos se desprendía que D. Ramiro era un moachebo de alto y noble continente, hermoso rostro, mirada audaz, alta estatura y valor casi fabuloso. Estas brillantes cualidades hacían que llamara la atención de las mugeres por lo bizarro, y de los hombres por lo fiero; y como sino fueran bastantes, renía á ellas lo misterioso de su origen y el secreto de su apellido; sobradas causas por sí solas para picar la curiosidad del pueblo entero de Sevilla.

La aparición de D. Ramiro no había tenido ciertamente nada de extraño. Six meses antes de la época que historiamos vamos, se presentó en las plazas y calles de Sevilla, sin decir de dónde venía ni quién lo enviaba, un caballero, que empezó á llamar la atención por su hermosura y gallardía. Lo vió después la ciudad entera montar los mejores corceles que pastaban en las fércoces sierras de la fértil Andalucía, y admiraron la gran riqueza de sus vestidos y sus armas. Las mugeres hicieron por entonces una irrupción en el territorio de Castilla, y el misterioso caballero siguió, como simple soldado, á D. Pedro Ponce de León; cargó á los infantes, como un tigre, y adquirió en un solo combate mercedida fama de esforzado.

De vuelta á Sevilla, el alcaide le ofreció su casa y amistad; pero no admitió ni una ni otra, y empezó á censurar en público los desafueros que los deudos, amigos y parciales de Ponce de León, cometían.

Estas censuras, pronunciadas en alta voz y con allivo continente, le atraieron la enemistad del alguacil mayor de Sevilla y de cuantos le rodeaban: le proporcionaron varios duelos, de los cuales salió triunfante; constituyéndole naturalmente, por asecur de los condes de Niebla, en jefe de los sevillanos que á este caballero seguían. Sus relaciones, sin embargo, con los partidarios del conde no eran íntimas ni frecuentes; pero siempre que necesitaban el fuerte brazo de su brazo lo encontraban en la palestra, siendo tan providencial á veces su aparición, que sostenían los socorridos haberlo visto á un mismo tiempo en dos ó mas partes. Esta opinión se generalizó muy en breve, dando al valiente D. Ramiro una existencia fabulosa: á la que contribuyó no poco la persuasión de sus enemigos, que lo consideraban invulnerable, fundados en las muchas veces que se habían dirigido á su pecho espadas y agudas puñales, sin haber causado á su persona ni la mas pequeña lesión.

Conociendo ya á D. Ramiro, lo mismo que la conocían los sevillanos de su tiempo, solo nos resta manifestar que los grupos de la gran plaza se iban confundiendo entre sí, y que la discusión tomaba un carácter de hostilidad, que si Dios no lo remedaba debía terminar en reyerta. Sin duda no estaba de Dios que se ensangrentara la arena, porque de repente y á un tiempo cesaron todas las disputas, fijándose todas las miradas en un hombre que se adelantaba marcialmente, con arrogante gentileza. Este hombre anudó la palabra en las gargantas mas locuaces, estrechándolas hasta tal punto que apenas podían pronunciar, en tono casi imperceptible: EL CABALLERO, EL CABALLERO.

Continuó su marcha D. Ramiro con perfecta tranquilidad; saludó ligeramente á los partidarios del conde, y tendiendo su diestra hacia los grupos, les indicó que no habían mal en abandonar aquel paraje.

Los mas ardientes partidarios de D. Pedro Ponce de León, obedecían maquinalmente las órdenes de EL CABALLERO en tiempos normales, tal respeto les infundía su continente, y no debían hallarse dispuestos á una resistencia obstinada; cuando el poder del conde de Niebla se encontraba notablemente. Por lo que fué la indignación de D. Ramiro comprendida y accionada con sorprendente rapidez, quedando

de la plaza desierta y velada con las densas sombras de la noche, que iba cerrando cada vez mas tormentosa y mas oscura.

A la cándida luz de los relámpagos podia distinguirse sin embargo un caballero, que embozado en su ancha capa hasta los ojos, estaba de pié junto á la puerta de la soberbia catedral. Quince minutos á lo menos permaneció ligo en su puesto, sin que nadie á turbar viniera sus profundas meditaciones; pero después percibió pasos que se adelantaban hacia él. Fuertes motivos tenía sin duda para no ser reconocido, y al oírlos que se le acercaban, se ocultó cuidadosamente en el ancho dintel del templo. Los pasos siguieron avanzando durante un minuto, y después quedó todo en hondo silencio.

La proximidad de aquellos pasos llamaron la atención del embozado, que oíólos estaba en el dintel, y á la luz de los relámpagos, le graba descubrir por intervalos un hombre, que estaba de pié precisamente en el paraje que él acababa de dejar.

Trascurrieron cinco minutos y nuevos pasos resonaron, aunque en opuesta dirección; acercábanse pausadamente, y cuando retumbaban ya sobre el pavimento de piedra, preguntó el que habia ocupado el puesto del embozado con voz ronca:

—¿Quién va?

—Barquero, respondió el que continuaba adelantándose.

—Carnicero: repuso á su vez el que habia preguntado antes.

Aproximándose los dos amigos, y el carnicero continuó:

—¿Vienes decidido?

—Lo estoy.

—Pues adelantémose un poco, no se nos escape de las manos.

—Espera.

—¿Qué quieres, Fortun?

—Que me respondas. Te ofreci mi ayuda con dos condiciones, y no sé si las has cumplido.

—Aquí tienes, repuso el carnicero, un bolsillo lleno de doblas.

—Esta es una de las condiciones; falta, Anton, la mas importante.

—¿Desconfías, Fortun?

—De todo el mundo desconfío; y si me cortan la cabeza quiero morir acompañado de ese ilustre y rico señor. ¿Tras el pergamino?

—Aquí está: respondió el carnicero sacando un enrollado pergamino.

—¿Qué ha escrito en él?

—Que usenemos de su orden á D. Pedro Ponce de León.

Al escuchar estas palabras, hizo el embozado un movimiento; siguió persistiendo atento; los asesinos continuaron:

—¿Está fraudo? preguntó el barquero.

—Sin que le he ni una sola letra, repuso Anton.

—Es cierto?

—Tienes tal palabra de carnicero.

La palabra de un carnicero debía tener tanto valor á fines del siglo XIV, como tiene la de un caballero á mediados del XIX, porque Fortun quedó tranquilo, alargó la mano, cogió el enrollado pergamino, y se adelantó con su compañero algunos pasos. El embozado, que no podia seguirlos con la vista por la oscuridad de la noche, los fué siguiendo con el oído, y calculó con exactitud el lugar que los asesinos ocupaban. La presencia de aquellos hombres debía contrariar fuertemente al misterioso personaje, porque daba de vez en cuando claras señales de impaciencia; pero algunas consideraciones de mucho peso debían impedirle descargar su larga tizona sobre los infames asesinos.

Trascurrió lo ménos media hora, durante la cual conservaron los personajes de esta escena sus posiciones respectivas, y al fin de ella se fueron percibiendo los pasos de un hombre que calzaba espuelas. Los asesinos se adelantaron en la dirección que debía traer el caballero, y muy en breve consiguieron cerrarle el paso.

—¿Quién va? preguntó el recién venido llevando su diestra á la espada.

—D. Pedro Ponce de León, dijo el carnicero á media voz.

—¿Quién me nombra? volvió á preguntar Ponce de León, desdiciendo la mitad del acero.

—Muera! gritó Anton con voz ronca, y los asesinos cayeron sobre el valeroso alguacil.

D. Pedro Ponce de León retrocedió rápidamente, acabando de desnudar su espada, y cuando las de los asesinos se dirigieron á su pecho, encontraron parados los golpes con sorprendente precisión. La mayor destreza del alcaide igualaba casi el combate, pero sus fieros antagonistas hicieron poderosos esfuerzos, y la espada del buen caballero no bastaba á neutralizarlos. Desde el momento que el embozado oyó el ruido de los aceros, abandonó el dintel del templo, y se encaminó velozmente hacia el lugar de la pelea.

—¡Animo, señor de Marchena! gritó al emparejar con los combatientes; y colocándose del lado de D. Pedro Ponce de León, echó el grave peso de su espada en la balanza del combate.

Desde los primeros empujones conocieron los asesinos que los daba un brazo ejercitado y fuerte; resistieron algunos instantes, más por

defender sus propias vidas que por ofender á sus contrarios; pero en lo mas rudo del combate lanzó el carnicero un ¡ay! profundo, y cayó á tierra desplomado. Un gemido menos doliente salía del pecho de Fortun; pero dejó caer la tosca espada y huyó desafortadamente, sin que intentaran perseguirlo ni el alcaide ni el embozado. Ambos caballeros envainaron sus espadas tranquilamente; muy ensangrentada la del personaje misterioso, y apenas húmeda en la punta la del noble alguacil mayor, y el embozado quiso retirarse sin dirigir una palabra al poderoso personaje que le debía quizás la vida.

—Perdonad, valiente caballero: dijo el alcaide deteniendo al embozado cortesmente; y tened la bondad de decirme vuestro nombre, porque deseo conocer á tan buen hidalgo.

El embozado se detuvo, y conservando oculto el rostro, respondió al señor de Manchena.

—Perdonad, Ponce de Leon, pero me conviene ocultar el nombre que llevo.

—Bien comprendo lo delicado y generoso de tal proceder, pues así queréis descargarme de una obligacion sagrada; pero os ruego que descubráis vuestro semblante, seguro de que me hareis en ello una señalada merced.

—Siento mucho no complaceros, pero tengo tales razones para dejar cubierto el rostro, que no puedo prescindir de ellas, ni aun á riesgo de disgustaros.

—No insisto en ello.

—Guardaos Dios.

He á marcharse el embozado, pero el alcaide le detuvo segunda vez, para decirle:

—Todo lo puedo en esta tierra: yo no sé si necesitáis mi protección, pero á lo menos podéis contar con mi amistad.

—No necesito protección, porque yo mismo me protejo: dijo el embozado fríamente.

—Pero si alguna vez queréis honrarme con vuestra amistad, recibid una prenda, por la cual me será fácil reconoceros: añadió Ponce de Leon desciñéndose su rica espada y presentándola al embozado.

—Cambiamos pues, repuso el embozado presentando la suya al Alcaide.

—La recibo con tanto mayor gusto, cuanto que está roja con la sangre de los asesinos que paga el conde de Niebla...

—Caballero...

—El CABALLERO.

—¡Mentis!

—¡Mentir yo! gritó el noble alcaide desnudando el sangriento acero.

—Volved el acero á la vaina, dijo el embozado con frialdad.

—¿Quién sois? preguntó el alguacil procurando calmar su enojo.

—Soy... quien soy, murmuró el embozado aljándose lentamente.

La primera idea del alcaide fué seguir á su libertador y reconocerlo bien á bien ó por fuerza de armas; pero reflexionó al momento que no podía medir la espada con quien le habia prestado ayuda, y siguió con ánimo tranquilo el camino que le habian cortado los asesinos, sin echar una mirada al yerto tronco que moraba la tierra á sus piés.

El embozado se alejó con lento paso, pero luego que los del alcaide le probaron que Ponce de Leon proseguia su interrumpida marcha, se volvió al lugar del combate, é inclinándose sobre el cadáver lo registró cuidadosamente sin encontrar lo que buscaba, pues al dejarlo murmuró.

—Lo tendria el otro, y se encaminó nuevamente hácia el dintel que habia ocupado poco antes.

Al llegar á la puerta, creyó percibir el sordo murmullo de una respiración anhelante, y momentos después birló su oído una voz entrecortada, débil, que murmuraba con timidez la dulce palabra:

—Esperanza.

—Fidelidad, repuso el embozado; y como si esta palabra hubiera infundido nuevo aliento á la persona que con tan manifesto temor pronunció la primera, se desprendió del dintel una dueña envuelta en sus locos, y dando á su lengua el movimiento que da una campana á su badajo en dia de fiesta de lugar, comenzó á decir:

—Alabado sea el Santísimo Sacramento, la Santa Virgen María y el bienaventurado S. Juan de quien soy especial devota, y nuestro señor S. Antonio, y el santo del dia y todos los santos y santas.

—¿Adónde va la buena dueña con la confesion y letanía? dijo el embozado interrumpiendo el fervor fuera de propósito de la respetable malhona. Deje para mejor lugar sus devociones, y dígame lo que interese.

—¿No he de encomendarme á los santos, si he tenido un miedo?...

—¿De qué?

—Ahi es nada. He oído mandablos, gemidos, el golpe de un cuerpo que cae, y...

—De tanto ruido y algazara solo ha resultado un hombre muerto.

—¿Un hombre muerto? ¡Santo Dios!

—En hombre muerto, que puede ver la buena dueña con solo dar un temblor.

—No lo permita Dios.

—Pues sino quiero pasar las cuentas de su rosario, rezando por el alma del muerto, puede entretenerse en contar las hermosas doblas de oro que encierra esta bolsa: repuso el embozado presentando á la medrosa dueña un apoplético bolsillo.

—Esto es otra cosa, respondió la de las tocas, olvidando los aterradores sucesos y pasando de una mano á otra la considerable propina, porque sin duda el cambio de manos la duplicaba la cantidad: y el embozado preguntó:

—¿Qué tenéis que decirme?

—Nada: repuso la dueña con malicia.

—¿Cómo nada?

—Tengo que daros.

—¿Tenéis que darme?

—Una llavecita...

—¡Santos del cielo! exclamó el embozado arrebatando de manos de la dueña una llave mas que mediana.

—¡Hola, hola! murmuró la taimada dueña; también vos parecéis devoto.

—¡Soy inmensamente feliz! exclamó el embozado llevando la llave á sus labios.

—Me alegro mucho de haberos traído, caballero, tan inmensa felicidad; y en cambio de este corto servicio me atreveré á pedir os otro...

—¿Qué queréis?

—Que me acompañeis hasta la esquina de la plaza, para no tropezar con el muerto.

El embozado acompañó á la dueña y todo pasó sin tropiezo.

(Continuará.)

JUAN DE ARIZA.

Habiendo vacado una vez en tiempo de Luis XV el gobierno de Berri, acudió una multitud de competidores á solicitar el apoyo de la condesa Dubarry, y esta los convidó á todos á comer en Marly, donde habia establecido entonces su corte. Después del banquete se presentó el rey, y bajaron todos al jardin. Como iba languideciendo la conversacion, dijo la condesa á sus convidadas: «Señoras, coged mariposas.» Al oír esto todos se afanan, se sofocan, y cada uno de ellos trajo su tributo de su raza. Uno solo permaneció lejos de la favorita, y habiendo alrededor habia escrito con un lápiz las siguientes palabras: «Es el rey de las mariposas, la Dubarry le fijará.» Esta muger, aunque de poca delicadeza, comprendió la alusion, y quedó tan complacida como su augusto amante, y el adulador consiguió el gobierno de una gran provincia.

Habiéndole preguntado á Diógenes cuál era la mejor hora de comer, dijo: Que para el rico cuando tuviese gana; y para el pobre cuando tuviese qué.

Alfonso el prudente, rey de Aragon, decía, que entre las cosas que buscan los hombres toda su vida, nada hay mejor que tener tanta vieja para quemar, vino añejo para beber, amigos antiguos para la sociedad y libros viejos para leer.

EROGRAFICO.



Director y propietario D. Angel Fernández de los Rios.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO E ILUSTRACION
A cargo de G. Albareda.